

# El intelectual

## y sus puntos de vista

ANTONIO COVA MADURO

En este verano que ya concluye, los venezolanos han tenido oportunidad -y necesidad- de discutir temas que, hoy más que nunca, se les han hecho muy familiares; temas que de no atravesar el país por los acelerados cambios que se le anuncian, se le hubieran quedado para siempre en el tintero.

Tocó a dos connotados articulistas de la prensa caraqueña proponerlos a una audiencia que, lamentablemente, aún no le ha dado la consideración que ellos demandan. Se trata del papel del intelectual en una determinada sociedad, de cómo él o ella deben comunicarse con todos los sectores de la misma, para la cual es fundamental el que esa intelectualidad pueda entender, tanto lo que sucede en esa sociedad, como la comprensión que de esos hechos tiene la población, o por lo menos los sectores mayoritarios de ella.

Tulio Hernández, en uno de sus acostumbrados artículos en la edición dominical del diario caraqueño El Nacional, propuso, con un caso muy concreto, el asunto. Narra Hernández la anécdota de un prominente investigador colombiano que, en compañía de un grupo de alumnos, asistió a una sala

de cine en una zona popular de Cali donde exhibían un film del típico melodrama latinoamericano. Con sus ojos acostumbrados a una estética sofisticada y con sus vísceras hechas a la crítica ácida, pronta y acerba, el grupo rápido estalló en risas y en acres comentarios sobre la película.

Mientras más acentuaba el grupo de estudiantes ese comportamiento, más se aislaban del resto de la audiencia. Llegó a tanto el asunto que el director el grupo, el profesor que ya se había contagiado del comportamiento de sus estudiantes, de pronto siente que alguien, del asiento de atrás suyo, le toca insistentemente el hombro, como solicitando, con urgencia, su atención. Lo que pasó luego no se le borraría de la mente y se convertiría -cosas de la vida- en el hallazgo científico más importante de la jornada.

En efecto, cuando el profesor voltea para responder, ve a un señor mayor que, con lágrimas en los ojos, le suplica que "por favor, no se burlen del dolor ajeno". Él, como el resto de los asistentes, estaba viviendo intensamente, "desde adentro", el drama que allí se desarrollaba y que a los estudiantes producía tanta hilaridad:

A partir de ese día, el profesor, e imagino sus alumnos más inteligentes, jamás olvidarían que, como dice la canción del grupo español Jarabe de Palo, "depende, todo depende, ¿de qué depende?. De según como se mire, de eso depende..." En cierto sentido, el señor y la audiencia por él representada, habían "entrado" perfectamente en la onda del mensaje que el film quería comunicarles. Y en ese sentido, la película era un éxito, como el Titanic (si hay cosa que vende, amigos, es una catástrofe con amores contrariados, como desde Troya), como antes Casablanca y también Psicosis.

Ese mismo domingo, pero desde su columna en El Universal, el historiador Manuel Caballero, refiriéndose al meollo de su propuesta: el chavismo de la izquierda venezolana, trató de atacar el corazón del asunto, que no es otro que cuál es el papel de los grupos esclarecidos de una sociedad, tan abundantes en el mundo de la izquierda. ¿Es, como él decía, "acompañar al pueblo en su experiencia", más bien jugar un papel fundamental en que ese pueblo vea con claridad lo que pasa y así pueda decidir lo que le conviene?

### ¿Qué tenemos pues?

Estoy seguro que, sin proponérselo, Hernández y Caballero pusieron sobre el tapete el asunto que, hoy por hoy, tiene una enorme urgencia en Venezuela. Para Hernández, la primera y a ratos quizás la única tarea del intelectual, del investigador e incluso del opinador, sería la de tratar de ver, con "los ojos que ve el pueblo", los acontecimientos que le afectan, y que, a no dudarlos, tendrán una decisiva influencia en su vida.

Con eso, no sólo el intelectual tendría de esos sucesos lo que Max Weber llamaba una adecuada "Verstehen" ("comprensión" empática, que proponía la metodología weberiana) sino que con ella en cerebro y mano podría ser de una enorme ayuda a su sociedad, con lo que terminaría creciendo en conocimiento y capacidad de análisis. No hacerlo sería, no sólo castrador, sino incluso criminal, porque de espaldas a la realidad real, valga la expresión, sus opiniones serían confundidoras y, por consiguiente, dañinas.

Esta posición, que libremente derivo de la propuesta de Hernández, tiene, es obvio, un inmenso peligro: la liquidación de la capacidad del intelectual, independientemente de en cuál lado del espectro se ubique. En efecto, "acompañar al pueblo en su experiencia" puede resultarle a éste bastante inútil y a ratos severamente perjudicial, puesto que la ayuda que él podría prestar resulta autoeliminada. ¿Para qué sirve un intelectual entonces, sino para dar lidia y hasta lástima?

Lo que, ayudado por la experiencia del investigador colombiano, Hernández anotaba con asombrosa claridad, sin embargo sigue válido y vigente: ¿de qué vale, para el mismo conocimiento que se pretende aumentar, ir a conocer nada, si ya se tiene una posición que sólo se desea corroborar? El verdadero conocimiento parecería que sólo es posible si se acepta que no debe arrancar de un "partir", como dirían los franceses.

El problema reside en que, en la misma medida que pudiera haber en el orden cognitivo una especie de adecuadas tabula rasa al inicio, uno huele que ese no es el caso en el orden afectivo. Es más, se presume que para incrementar y salvaguardar esa misma cognición, es vital que se tenga "simpatía" por el proceso que se estudia. Sería, entonces, más empatía, para más "Verstehen".

Caballero, por el contrario, arranca no de un hallazgo "serendítico" como el del profesor colombiano, sino de una crítica histórica a la posición, reiterada y casi que contumaz, de la izquierda latinoamericana en general y venezolana en particular. De allí la utilidad para la adecuada comprensión del asunto, de analizar propuestas que la misma izquierda ya ha producido.

Ha sido quizás Lukacs, probablemente el más notable pensador marxista después del mismo Marx, quien diera cuenta con mayor nitidez y gran claridad del problema que nos ocupa. Para él no había duda alguna de que el proletariado tiene y debe asumir un punto de vista sobre el drama social donde -por jugar en él un destacado papel- le toca padecer. De allí su propuesta de que el punto de vista del Proletariado, no sólo es indispensable, sino que es el único correcto; mientras que el de la Burguesía es, por eso mismo, no sólo falso sino muy dañino para todos, salvo para la minoría burguesa dominante.

¿Qué significa que una clase social tiene la visión correcta de las cosas? ¿significa que la tiene, en realidad? ¿que esa visión es verificable, constatable? Como diría el mismo Lukacs: basta con plantearse la pregunta adecuadamente para que la respuesta, pronta y contundente, sea un sonoro ¡No!

Por ello, recogiendo las ideas del mismo Marx en *El Capital*, Luckacs respondía que lo que se trataba era de "el punto de vista", es decir, lo que "objetivamente" en ese punto de vista coincide con los intereses últimos de esa clase, del Proletariado.

Que eso requiere de toda una refinada capacidad de ser trapeado por las "apariencias", por las urgencias del momento y hasta por las necesidades mismas de la lucha política, ¿alguien lo duda?. El mismo caso venezolano puede ser ejemplificante, pues se nos está proponiendo que nos embarquemos en una revolución presidida por... ¡el Alto Mando Militar! ¿Qué diría de esa propuesta un olfato alerta y refinado que, preciso es decirlo, no abunda mucho ni aun entre intelectuales?

Consciente de las dificultades del propio proletariado y aclarada la urgente necesidad de asumir el punto de vista adecuado, Lukacs propuso una solución que, expresamente intelectual, de inmediato dejaría al desnudo sus peligros: la

conciencia atribuida. Habría, entonces, individualidades notorias y también instituciones (expresamente dotadas de ese carácter) cuyo papel sería ver y comprender lo que a ese proletariado se le dificultaba en sumo grado. Ellos, entonces, descubrirían la verdad y se la servirían, lo más adecuadamente posible, al proletariado. Nació así la legitimación intelectual al Partido Comunista, cuyos frutos vemos por doquier.

Caballero se afina en las constatables perversiones que semejante propuesta ha generado en nuestro adolorido siglo XX, para condenar el servilismo seudo-revolucionario de los intelectuales de izquierda; pero al mismo tiempo, sugiere que el papel del intelectual será siempre el de ver lo que nadie ve, o parece no querer ver, para avisorar consecuencias de las que luego nos arrepentiríamos.

#### **El momento venezolano actual**

Justo cuando ya concluía 1998, en un artículo que escribiera para el diario caraqueño *El Universal*, yo decía que mi labor y la de la gente como yo, no era ni podía ser otra que la de la labor del intelectual "ver y detectar lo que nadie ve, una vez hecho lo cual intentar descifrarlo para luego vocearlo a los cuatro vientos, porque a lo mejor nadie quiere o puede hacerlo" o hasta carece de la "autoridad" para ser tomado en serio.

Para lo primero: ver lo que nadie ve, el intelectual no tiene otra alternativa que ver los dos lados del asunto. Lo que este parece ser y lo que la gente, la gente común y corriente, parece percibir.

De allí la lección que nos transmite la anécdota del profesor colombiano que narra Tulio Hernández, puesto que sólo si se quiere hacer empatía con la gente del "dolor ajeno", se admitirá que ella tiene válidas razones para la actitud y los comportamientos que adopta. El poder comprender esas razones es vital para entender el desarrollo de los acontecimientos. En el caso venezolano, es vital para entender el estímulo que Chávez y sus más radicales seguidores reciben del beneplácido popular, tal como lo expresan las encuestas de opinión. Estamos así, en la "fase revolucionaria" del gobierno por encuestas. ¿Quién lo hubiese dicho, no?

Pero luego viene una ardua, fatigadora y sobre todo difícil tarea: el intento por descifrarlo. Esta tarea es inevitablemen-

te una tarea solitaria, que no por ello deja de tener intensa compañía. De los libros en primer lugar, sobre todo de las lecturas viejas. En segundo lugar, de la propia comunidad intelectual, tal como ella se expresa en redes e instituciones que garantizan la circulación de ideas, al mismo tiempo que la verificación de hipótesis.

Todo ello debe concluir, en una primera fase, en el voceo de hipótesis y conclusiones, de modo que las indagaciones y los análisis sean, no sólo conocidos del mayor número de individuos y grupos, sino que sean sometidos a pruebas y escrutinio. Eso requiere de dos condiciones fundamentales: una gran libertad de expresión y la absoluta ausencia de la "descalificación" pura y simple de todo el que emite una opinión que pudiera ser disonante del poder establecido, por muy revolucionario que éste se pretenda.

Sólo entonces será posible tener, tanto una sociedad que aprende, como una sociedad participativa y que "se hace a sí misma", sin ser ni tutelada ni "nariceada" por grupo político alguno, ni por intelectuales comprados o cazados con ideas extrañas a la propia sociedad.

ANTONIO COVA MADURO  
Sociólogo, Profesor de la UCAB

.....

**Se trata del papel del intelectual en una determinada sociedad, de cómo él o ella deben comunicarse con todos los sectores de la misma, para la cual es fundamental el que esa intelectualidad pueda entender, tanto lo que sucede en esa sociedad, como la comprensión que de esos hechos tiene la población, o por lo menos los sectores mayoritarios de ella.**